

marse Vicario de Dios Alejandro VI, horror de la tierra?» (1).

Cuando los papas eran incrédulos, y su falta de fe se revelaba públicamente en su vida de desórdenes y de crímenes, ¿cómo se había de conservar la fe en el rebaño? «Nosotros los italianos, dice *Maquiavelo*, tenemos que agradecer á la Iglesia y á los sacerdotes el habernos hecho impíos y malvados» (2). La incredulidad, aunque no tan grande en otros países de la cristiandad, hacia, sin embargo, en ellos grandes estragos. *Erasmo* dice que la mayor parte de los cristianos eran peores que los turcos: «¿Cuántos hay entre nosotros, exclama, que no creen en la Resurrección ni en la inmortalidad del alma? Los turcos tienen estas creencias, y están, por consiguiente, más cerca del cristianismo que esos pretendidos fieles.» En otra parte dice que hay millares de cristianos en este estado de impiedad: «son innumerables los que dicen en su corazón: no hay Dios, y no se avergüenzan de proferir públicamente estas blasfemias» (3). No se debe, pues, la incredulidad á los filósofos del siglo XVIII; data de la Edad Media; ha nacido en el seno mismo de la Iglesia, en los tiempos de su más exclusiva dominación. ¿Cuáles fueron las causas de esta importante revolución?

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 105 y 128.

(2) MACHIAVELLI, *Discorsi*, I, 12.

(3) ERASMI *Adagiorum Chil. IV, Cent. I, prov. 1* (*Op.*, t. II, p. 967).—*Id.*, *Exomologesis* (t. V, p. 160).—*Enarratio Psalmi XIV* (*ib.*, p. 293).

CAPITULO V.

CAUSAS DE LA INCREDELIDAD.

§. I. — Reaccion contra la Iglesia y la religion.

N.º 1. — Reaccion contra la dominacion de la Iglesia.

En ninguna parte es más grande la incredulidad que en Italia, cerca y bajo la influencia de aquel que se llama Vicario de Dios; así ha sucedido en la Edad Media y así sucede aún en nuestros días. El escepticismo del siglo XVIII va cediendo en todas partes á la necesidad de creer aún en aquellos que se alejan de la religion oficial. En Italia la incredulidad, segun los viajeros, es radical y parece incurable. Este hecho, singular en apariencia, se reproduce todos los dias á nuestra vista; si se quiere ver un hombre cuya impiedad llegue hasta el ateísmo, hay que buscarlo entre los que han sido educados por los Jesuitas. Esta es una gran enseñanza, pero los hombres de lo pasado no aprovechan estas lecciones. En el catolicismo la religion se confunde con la Iglesia y con ciertos actos exteriores. La reaccion contra la Iglesia y contra los actos exteriores lleva á los espíritus envueltos en esta confusión á rechazar el fondo y la forma. Esto es lo que sucedió en la Edad Media, época en que dominaban la Iglesia y el monaquismo; la oposicion contra la Iglesia y contra las obras monacales degeneró en incredulidad. Ahora bien, la reaccion era inevitable; tuvo lugar en todas las clases de la sociedad laica, porque la dominacion de la Iglesia pesaba lo mismo sobre los reyes que sobre los villa-

nos. Lo que parecía constituir la fuerza de la Iglesia, llegó á ser un principio de debilidad, y la decadencia de la Iglesia arrastró en su ruina la religion.

Hé aquí por qué un emperador de Alemania es el jefe de los incrédulos. Después de la larga lucha del sacerdocio y del imperio, un Hohenstaufen no podía ya creer que los papas fuesen los vicarios de Dios, y una vez destruida la fe en la Iglesia, depositaria del dogma, era difícil que subsistiese la creencia en la verdad religiosa. Ya ántes de Federico II la Alemania habia abierto los ojos respecto de la ambicion egoísta de Roma; desde fines del siglo XII, un contemporáneo de Inocencio III exhaló extrañas quejas contra el Pontificado. La política pontificia se traslucía, aún para los ménos perspicaces, en la lucha entre Felipe de Suabia y Oton; los soberanos pontífices explotaron la Alemania para satisfacer su ambicion. Un poeta fué el órgano de estas quejas; *Walther* es el precursor de *Hutten*, cuando llama á los alemanes á la libertad y á la independencia. Pero ¿qué va á ser de la fe, si los fieles no pueden ya creer en el representante visible de Cristo? El poeta alemán, que no es un incrédulo, se hace con terror esta pregunta: ve perecer la fe en el abismo de la duda. El Papa es el padre de los fieles; pone á los cristianos en relacion con Jesucristo; ¿qué sucederá si se pierde la confianza en el Vicario de Dios? Es como si se hundieran los fundamentos de la fe: «Seguimos al Santo Padre en todo, exclama *Walther*; si miente, mentimos con él; si engaña, engañamos con él. ¿Cómo no han de perder su fe los simples laicos, cuando el mismo Santo Padre favorece la incredulidad?» (1).

La guerra del Sacerdocio y del Imperio no es el mayor crimen del Pontificado; la horrible cruzada de los albigenses es la mancha de sangre que pesará siempre sobre la Iglesia. La persecucion de todo un pueblo, emprendida en nombre de la religion y explotada por la codicia, provocó odios furiosos contra Roma y el clero; los protestantes no han lanzado invectivas más fuertes que los trovadores. Aún cuando la fuerza consiguió la victoria y la voz

(1) WALTHER VON DER VOGELWÉIDE, LXXI, 6-9, en VON DER HAGEN, *Minnesinger*, t. I, p. 261.

de los poetas tuvo que apagarse con la civilizacion que le dió nacimiento, no se extinguió el odio provocado por los horrores de la Cruzada y por la ávida ambicion de los instrumentos del Papa. La fe de los vencedores perdió más que lo que ganó la de los vencidos. Tibaldo, conde de Champaña, uno de los cruzados, se declara en sus poesías contra los *hipócritas* que mueven á la guerra y pierden las almas: «Había motivo para dudar de la Redencion, exclama el rey trovador, si no se viera que las desgracias públicas proceden de la falta del clero» (1).

La guerra del sacerdocio y del Imperio, y las cruzadas contra los herejes, son la expresion de un mismo pensamiento, el espíritu de dominacion de la Iglesia. Esta sed de poder se manifestaba en toda la cristiandad. En todas partes reclamaba el clero como un derecho divino lo que él llamaba su *libertad*, pero la *libertad de la Iglesia* era, como hemos visto, la servidumbre de la sociedad laica. La resistencia era inevitable; era la reaccion legítima de la verdadera soberanía contra la usurpacion sacerdotal. Ahora bien, la oposicion contra el clero traía siempre consigo una oposicion más ó ménos manifiesta contra la religion. En una contienda entre el obispo de Angers y el conde, el obispo escribió al rey después de haberse quejado de los excesos cometidos contra el clero: «Los autores y los cómplices de estos actos criminales se han permitido contra la fe católica muchas afirmaciones que rayan en herejía» (2).

Llegamos aquí á una de las causas principales que hizo penetrar la incredulidad hasta en las últimas clases de la sociedad. La guerra del sacerdocio y del Imperio no tenía interes más que para el Papa y el Emperador, mientras que las pretensiones del clero despertaban la ambicion de los obispos y de los barones y ofendian las justas exigencias de los municipios, y por consiguiente las susceptibilidades de los plebeyos; hasta los villanos sufrían con la tiranía de los prelados. La Iglesia no tenía para defenderse más armas que la excomunion; prodigó sus rayos hasta tal punto, que

(1) *Historia literaria de la Francia*, t. XXIII, p. 795.

(2) *Epistola Roberti, Episcopi Angolismensis ad Ludovicum Francorum regem*, a. 1259 (MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. VII, p. 154).

casi hubo más fieles arrojados del seno de la Iglesia que creyentes ortodoxos. ¿Cuál era la suerte de aquellos innumerables excomulgados? Solamente un pequeño número se sometía á las penitencias eclesiásticas; la mayor parte no hacía caso alguno. Despreciar la excomunion era despreciar la Iglesia; y sin embargo, la Iglesia enseñaba que fuera de su seno no hay salvacion. Los que arrostraban sus censuras no debían estar muy convencidos de este dogma fundamental de la ortodoxia. Del desprecio de la Iglesia á la incredulidad no había más que un paso: lo que pasaba en las ciudades excomulgadas lo prueba. ¿Se creará que en el siglo XIII los habitantes de una ciudad italiana fabricaron un papa y lo arrastraron ignominiosamente por las calles hasta llevarlo á una montaña, donde lo quemaron? (1). En otra parte decían los excomulgados, como la Zorra en su *Romance*, que seguían comiendo y bebiendo con el mismo placer que si aún estuvieran en el seno de la Iglesia, y que sus campos no sufrían tampoco ningún perjuicio (2). A veces los excomulgados se entretenían en excomulgar á sus excomulgadores, parodiando las solemnidades de la Iglesia (3). Todavía llegó más lejos el escándalo; vieronse laicos excomulgados desempeñando las funciones sacerdotales, haciendo ver de este modo que se podía prescindir del ministerio de los sacerdotes (4).

Los concilios exhalaban quejas contra los que despreciaban las excomuniones; asimilaron este hecho á la herejía (5). Era una herejía de nueva especie. Los excomulgados no se afiliaban en las sectas proscritas por la Iglesia; no eran creyentes, sino incredulos. Sin embargo, los concilios del siglo XIII amenazaron con per-

(1) *Memoriale potestatum Regiensium, ad a. 1282* (MURATORI, *Scriptores*, t. VIII, p. 1152).

(2) *Concilium Ausanum, a. 1299* (MANSI, t. XXIV, p. 1221).

(3) *Concilium Regiense, 1285, c. 8* (MANSI, t. XXIV, p. 578): « *Isti quidem filii Belial, in Dei opprobrium, non minus viliter quam damnabiliter procedere, non formidant.* »—Estas quejas se reproducen textualmente en los *Concilios de Avignon, 1326, c. 7* (MANSI, t. XXV, p. 746); *de Bourges, 1351* (*ib.*, t. XXVI, p. 246); *de Vaur, 1368, c. 128* (*ib.*, p. 542).

(4) *Concilio de Aschaffenburg, 1292, c. 9* (MANSI, t. XXIV, p. 1086).

(5) *Concilio de Cognac, 1238, c. 17* (MANSI, t. XXIII, p. 491); *de Valencia, 1245, c. 15* (*ib.*, p. 774).

seguir como herejes á los que perseveraban un año en la excomunion (1). Estas amenazas fueron vanas; un sínodo italiano nos dice que el desprecio de las censuras eclesiásticas había llegado á ser habitual (2). En lugar de perseguir á los culpables, los concilios se vieron obligados á moderar el rigor de sus decretos, extendiendo á dos años el plazo, al cabo del cual comenzaba la sospecha de herejía (3). Pero una vez fuera de la Iglesia, los excomulgados no se daban prisa á volver á ella; los había que seguían toda su vida excomulgados, y que hasta se desdeñaban de recibir su absolucion á la hora de su muerte (4), prueba inequívoca de que no creían ya ni en el Paraíso ni en el Infierno. Los entredichos producían un efecto igualmente desastroso; los fieles acababan por perder la costumbre de la religion (5), y para las masas la religion no era más que una costumbre.

¿Cómo habían de tomar interes los laicos por la religion cuando veían la vida criminal del clero? En vano predicaban los clérigos que creyesen sus palabras; el ejemplo tenía más poder que el precepto. Segun un doctor célebre, los prelados vivían como si no creyesen en el juicio divino: « ¿No era de temer que indujesen á los fieles á desechas las esperanzas y las amenazas del otro mundo? » (6). Los testimonios de los poetas están unánimes en sus acusaciones contra Roma. Escuchemos á Walther, cuya alma religiosa se aflige ante el espectáculo que presenta la Iglesia: « Preciso es tener una gracia especial de Dios para seguir siendo fiel cuando el Papa mismo propaga la incredulidad » (7). Guiot, poeta frances y clérigo, no teme llamar á Roma la fuente de todos

(1) *Concilios de Burdeos, 1263, c. 2* (MANSI, t. XXIII, p. 1109); *de Colonia, 1266, c. 38* (MANSI, t. XXIII, p. 1153); *de Clermont, 1268, c. 6* (*ib.*, p. 1209); *de Tours, 1268, c. 3* (*ib.*, p. 1262).

(2) *Concilio de Milan, 1311, c. 15* (MANSI, t. XXV, p. 491).

(3) *Concilio de Reims, 1301, c. 7* (MARTENE, *Collectio Ampliss.*, t. VII, p. 1325) y de 1304, c. 3, 4 (MANSI, t. XXV, p. 120).

(4) *Concilio de Saltzburgo, 1386, c. 10* (MANSI, t. XXVI, p. 730): « *Multi in profundum malorum venientes, adeo ecclesie claves vilipendendo contemnunt, quod tam incorrigibiles plerique talium facti, in sua damnationis periculum, in hujusmodi sententiis moriuntur.* »

(5) *Concilio de Colonia, 1324* (MANSI, t. XXV, p. 736).

(6) MARSIL., *Defensor pacis* (GOLDAST, *Monarchia*, t. II, p. 221).

(7) WALTHER VON DER VOGELWEIDE, edic. de LACHMANN, p. 33.

los vicios, y acusarla de ser la ruina de la religion (1). «Desde que existe el mundo, dice *Rutebeuf*, no ha habido nunca tan poco temor de Dios como bajo el gobierno de Roma» (2). Voces más graves se dejaron oír en el siglo xv. *Alain Chartier* acusa á los clérigos de haber «enajenado á la Santa Iglesia los corazones por sus resoluciones» (3). Los hombres se preguntaban, dice *Erasmus*, si aquella vida depravada era el fruto de la doctrina evangélica: «En este caso más valia no tener evangelio» (4).

Los poetas y los literatos eran los órganos de la opinion pública, y la opinion pública no hacía más que repetir lo que decían los papas y los concilios. Ya en el siglo xiii Alejandro IV echa en cara á los clérigos, con singular vivacidad, que su vida desvergonzada engendra el desprecio á la religion: «El nombre de Dios, dice, es blasfemado en el mundo por los sacerdotes concubinaros; por ellos desdeñan los fieles los Santos Sacramentos; por ellos se pierde la piedad» (5). No son ménos severos los concilios: «Los clérigos, dice el sínodo de Brema de 1266, viven como si no hubiera más Dios que su vientre; por ellos se envilece la religion.» Las mismas quejas se encuentran en los concilios de Viena y de Magdeburgo (6). En los siglos xiv y xv la Iglesia añadió la locura á la corrupcion. Se vió á dos papas excomulgarse mutuamente y excomulgar á todos los que reconocían al Papa rival. ¡Tenemos, pues, la cristiandad entera entregada á Satanás! ¿Y por quién? Por un Juan XXIII, manchado con todos los crímenes imaginables; por un Benito XIII, ambicioso, hipócrita y falso, que sacrificaba la paz del mundo á su terquedad. ¿Qué impresion debia producir en los ánimos aquel espectáculo? La fe pereció, los hombres dudaron de Dios; decíanse: «Si fuera verdadera la fe cristiana, ¿consentiria Dios lo que está pasando á nuestra vista? ¿No castigaria á los que se llaman sus ministros? De-

(1) *La Biblia Guiot*, en BARBAZANO, *Cuentos*, t. II, p. 331.

(2) *RUTEBEUF*, *Obras*, t. I, p. 233.

(3) *ALAIN CHARTIER*, *Obras*, p. 388.

(4) *ERASM.*, in *Psalm. IV*, *Concio* (t. V, p. 274).

(5) *Alexandri IV Epist.* (MANSI, t. XXIII, p. 828).

(6) *Concilios de Brema*, 1266 (MANSI, t. XXIII, p. 1157); *de Vienne*, 1267 (*ib.*, p. 1170); *de Magdeburgo*, 1286 (*ib.*, t. XXIV, p. 773).

jemos, pues, esta ley impotente, hagamos otra á nuestro gusto y disfrutemos de los bienes de la tierra, puesto que no hay otra vida» (1).

N.º 2.—*Reaccion contra la concepcion católica de la vida*

El monaquismo domina en la religion de la Edad Media, y el monaquismo es la abdicacion de la familia y de la propiedad, sin las cuales no hay sociedad posible. En una época de decadencia, cuando la vida usada y decrepita se extingue, se comprende la renuncia á la vida. Tal era el Imperio romano; no eran necesarios grandes esfuerzos para separarse de un mundo tan miserable como corrompido: las ciudades se quedaron desiertas y los desiertos se poblaron. La existencia de los anacoretas era, pues, una reaccion contra el materialismo antiguo y la corrupcion romana. La Iglesia no considera de esta manera el monaquismo; ve en él la realizacion de la perfeccion evangélica. Pero ¿no es absurdo celebrar como ideal de la vida una existencia que condena la vida y exalta la muerte? No habian venido los pueblos bárbaros para renunciar á la vida por la contemplacion estática del cielo; habian venido para renovar la vida, y vivir es obrar. De aquí una oposicion radical entre la concepcion de la vida, tal como se deducia del espiritualismo cristiano, y las tendencias de la raza germánica. De aquí resultó una reaccion violenta contra la Iglesia y contra la religion.

La antipatía del guerrero germano contra las gentes de Iglesia se descubre en los *Cantos de Gesta*, esas rudas epopeyas que retratan las costumbres de la edad heroica del feudalismo. ¡Cosa singular! La religion no entra en ellas para nada; los caballeros manifiestan muy poco respeto al clero. En *Reinaldo de Montalban*, el viejo *Aimon* censura con viveza á sus hijos por haberse dejado morir de hambre, cuando podian haber comido gordos frailes; el poeta hace una tentadora pintura de su tierna y sabrosa carne,

(1) *Oratio in Constantiensi Concilio habita* (VON DER HARDT, t. III, p. 3).—*ANDREAE, Episcopi Megarensis Gubernaculum conciliorum* (*ib.*, t. IV, p. 179).

como si se tratase de venados (1). El no ver en los religiosos más que una especie de caza, era tener una idea poco reverente de la santidad de su condicion. Las iglesias no inspiraban más respeto que los frailes; escuchemos las órdenes que *Raul de Cambrai* da á sus caballeros al invadir el *Vermandesado*: «Plantad mi tienda en medio de la iglesia; convertiréis el pórtico en cuadra para mis caballos; colocaréis mis gavilanes sobre las cruces de oro; delante del altar dispondréis un rico lecho, en el cual quiero acostarme.» Esta brutalidad no es todavía la incredulidad, pero está muy cerca de ella. Despues de haber quemado un convento con las religiosas que se hallaban dentro, *Raul* dispone un espléndido festin para sus guerreros. Su senescal hace la señal de la cruz y le pregunta si quiere renegar de la santa cristiandad para dar semejantes órdenes en plena Cuaresma. *Raul* confiesa que había olvidado la Cuaresma. La religion de la Edad Media consistia exclusivamente en prácticas exteriores; olvidarlas era olvidar el cristianismo. En realidad la religion tenía poca influencia sobre hombres que no respetaban más que la fuerza. Hernando de Douai, perseguido por *Raul*, implora su piedad; recibe esta respuesta, que más bien respira la crueldad de Aquiles que la dulzura de un discípulo de Cristo:

«Más te vale huir.... No te protegerán ni tierra ni yerba, ni todos los santos que sirven á Cristo» (2).

Si la religion tenía tan poca influencia sobre los hombres de guerra, es porque sepeaba un abismo sus sentimientos de los de los clérigos. En la *Cancion de Girberto de Metz*, uno de los héroes de Burdeos, Fromondin, exclama que si habitase en el cielo con los ángeles y viese ante sí abierto el infierno, saldria del paraíso y se iria con el diablo ántes que dejar su feudo á su enemigo (3). La vida de este mundo con sus combates y sus aventuras tenía más atractivos para los barones que todas las alegrías místicas de los elegidos. En los *Loherains*, el héroe dice: «Si yo tuviera un pié en el Paraíso y el otro en el castillo de Naisil, retiraria el del Paraíso y me quedaria en Naisil.»

(1) *Historia literaria de la Francia*, t. XXII, p. 680.

(2) RAUL DE CAMBRAI, publicado por E. LE GLAY, p. 50, 63, 118.

(3) *Historia literaria de la Francia*, t. XII, p. 627.

Los guerreros sentian por instinto que el ideal cristiano era falso. Vivir es luchar, al paso que el ideal de los frailes es la contemplacion y la inaccion. La oposicion entre los instintos de la naturaleza y el dogma debia dar por resultado una impiedad brutal en aquellos hombres que pasaban su vida en los combates y que no conocian ni estimaban más que la fuerza. Los *Brabanzones* se complacian en profanar las cosas santas y en torturar á los sacerdotes; sus excesos sacrílegos prueban que no tenían ni una chispa de creencias cristianas. No todas las gentes de guerra llevaban la existencia desordenada de los *Brabanzones*; pero en suma, los *routiers* son el tipo de los incultos guerreros de la Edad Media. Esto se ve en la poesía. Los *fabliaux* nos dicen que los barones no practicaban ningun culto, que despreciaban la Iglesia y sus ritos; que no creian ni en Dios ni en los santos, y estaban sobre todo animados de un ódio furioso contra los clérigos, hasta el punto de que querian matar al último de los sacerdotes (1).

Con la civilizacion fué cediendo la brutalidad; pero la impiedad sobrevivió tomando formas nuevas. Los hombres querian disfrutar de la vida, y la religion les enseñaba que era preciso huir de la vida: dejaron á un lado el dogma y se atuvieron á la naturaleza. En el siglo XII esta oposicion encontró un tipo en *Guillermo*, conde de Poitiers; caballero y trovador, representa desde la Edad Media el carácter ligero y frívolo de la nobleza francesa. Una de sus hazañas fué invadir una iglesia, donde se hallaban los obispos reunidos en concilio por el Legado del Papa. Arrastrado á su pesar á la Cruzada, perdió en ella inmensas riquezas; se consoló con un escrito en verso, que, segun los contemporáneos, era una bufonada indecente, lo cual no impidió que fuese muy aplaudida. Los historiadores lo pintan como un espíritu fuerte que hacía gala de no creer en Dios. Lo que hay de cierto es que el concepto de la vida que anima sus poesías es el de la naturaleza: «Ya que vemos que los prados vuelven á florecer, que reverdecen los verjeles y corren los arroyos y las fuentes, ya que dis-

(1) BARBAZANO, *Fabliaux*, t. I, p. 209. — LE GRAND D'AUSSY, *Fabliaux* t. IV, p. 264.

frutamos del aire y del viento, justo es que cada cual recoja la parte de alegría que le corresponde» (1).

Aun cuando la frivolidad de espíritu en el seno de una vida de placeres no sea todavía la incredulidad, revela sentimientos hostiles á la doctrina cristiana. El caballero, hombre de mundo, encuentra en él placer y alegría; es lo opuesto al monje, que huye del mundo y cree que todo placer es un crimen. Es la oposicion entre la naturaleza tal como sale de las manos de Dios y el espiritualismo cristiano. La literatura es á la vez la expresion de este estado social y el ideal de la sociedad laica. *Sordel*, el célebre trovador, pide á su señor que no lo lleve á la Cruzada; confiesa que con estas expediciones se alcanza la salvacion: «pero, dice, no tengo prisa de salvarme, quiero llegar á la vida eterna lo más tarde que pueda» (2). El cielo cristiano tenía poco atractivo para los poetas; preferian los placeres de la vida:

«No hay más paraíso que el dinero, comer y beber buen vino, y dormir en cama bien mullida» (3).

Semejantes aficiones estaban más en armonía con el paraíso de Mahoma que con la vision beatífica; así es que los poetas, en su audacia impía, trasformaron el cielo en un lugar de delicias. El autor de *Partenopeus de Blois* dice que perdona el Paraíso si no han de entrar en él las damas de hermoso rostro (4). Un trovador hace del cielo cristiano una especie de paraíso mahometano, «en el cual se encuentran las más hermosas damas sobre alfombras cubiertas de flores» (5).

La poesía es siempre la imagen más ó menos exacta de la vida real. El epicureismo invadió las clases superiores, y epicúreo era sinónimo de incrédulo, enemigo de Cristo. Desde el siglo XIV eran tan numerosos los epicúreos, que Dante les dedicó todo un círculo del infierno; cita entre los sectarios del filósofo griego á dos florentinos. *Parinata degli Uberti*, espíritu despreocupado, no creía en la otra vida, y decía que era menester disfrutar ésta; el

(1) FAUBIEL, *Historia de la literatura provenzal*, t. I, p. 449-477.

(2) MILLOT, *Historia de los trovadores*, t. II, p. 98.

(3) JUBINAL, *Fabliaux*, t. II, p. 204.

(4) DENIS PYRAM, *Partenopeus de Blois*, edic. de ROBERTO Y CRAPELET.

(5) GUILL. DE BERGEDAN, en MILLOT, *Trovadores*, t. II, p. 131.

infierno mismo no hizo, según parece, gran impresion en el atrevido doctor. *Cavalcante Cavalcanti* tenía reputacion de ateo; cuando las buenas gentes, dice *Bocacio*, lo veian pensativo en las calles de Florencia, decian que iba buscando argumentos para probar que no hay Dios. No podia faltar en este círculo Federico II, pero se hallaba bien acompañado por un cardenal y un papa, que durante su vida no habian estado muy seguros de tener un alma. El círculo de los incrédulos era uno de los más poblados (1). El Dante llama heresiarcas á los epicúreos. Era ésta, en efecto, la peor de las herejías. Su oposicion contra la Iglesia era más radical que la de los sectarios; éstos querian volver al verdadero cristianismo, miéntras que los epicúreos querian destruirlo (2).

No quedó el epicureismo en estado de instinto; llegó á ser una doctrina. Dos poemas igualmente célebres nos dan á conocer esta teoría anticristiana. El *Romance de la Zorra* no se contenta con ridiculizar el culto de la Iglesia; presenta la religion de la naturaleza en oposicion al espiritualismo cristiano. A la muerte del protagonista, el asno, en su cualidad de arcipreste, pronuncia un sermón, especie de panegírico de los hechos de la *Zorra*; despues, dirigiéndose al Rey, le dice que haga pregonar en su imperio que todos sus súbditos deberán vivir y multiplicarse, y que de este modo alcanzarán el perdón de sus pecados, y que en penitencia deberán comer carne todos los dias de la semana: «Los que guardasen estos mandamientos irán al Paraíso; los que se negasen á vivir, hombres, mujeres ó animales, serán castigados con los tormentos del infierno» (3). La misma moral predica el *Romance de la Rosa*, tan generalizado como el de la *Zorra* en las clases elevadas. La popularidad de dos poemas anticristianos demuestra por sí sola cuánto habian cambiado las convicciones religiosas. Uno de los grandes doctores de la Edad Media, *Gerson*, condena la doctrina de *Guillermo de Meung* (4). Pero el público ilustrado no fué

(1) INFIERNO, canto IX y X. BENVENUTO D'IMOLA dice que la secta de los epicúreos es, con mucho, la más numerosa. (RENAN, *Averroes*, p. 227.)

(2) El poema de la *Bajada de San Pablo á los infernos* habla de una sociedad secreta que habia jurado la destruccion del cristianismo (OZANAM, *Dante*, página 345).

(3) *Romance de la Zorra*, t. III, p. 354-356.

(4) GERSON, *Tractatus contra Romantium de Rosa* (Op., t. III, p. 297-308).

de su opinion; aplaudió al poeta como un «excelente é irreprehensible doctor en la Sagrada Escritura y en elevada filosofía» (1). Singular teólogo aquel, cuya obra no respira un sentimiento cristiano; más bien pudiera decirse que es el renacimiento del paganismo (2), ó la moral fácil que en nuestros dias se ha predicado con el nombre de rehabilitacion de la carne (3).

Hé aquí la doctrina de que se alimentaba la sociedad ilustrada. ¿Podremos admirarnos de que en el siglo xv fuese general el epicureismo aún entre los clérigos? (4). Esto es lo que *Erasmus* llama el paganismo cristiano, que no conoce más Dios que el placer (5). Era una reaccion contra el espiritualismo y era exagerada como toda reaccion. Sin embargo, se engañaría quien creyera que la poesía no cantaba más que un grosero materialismo. La literatura expresa las esperanzas de la sociedad y sus aspiraciones tanto como la realidad; tal es principalmente la mision de los poetas, y no fueron infieles á ella en la Edad Media. La religion práctica se resumía en dos palabras igualmente desesperadoras, el Infierno para la inmensa mayoría de los hombres, y el Paraíso para un corto número de elegidos. La conciencia humana protestó contra tan desconsoladora doctrina por medio de un trovador famoso, enemigo nato de la Iglesia. Escuchemos á *Juan Cardenal* interpelando á Dios mismo contra la creencia que se enseñaba en su nombre; su *serpente* es tan atrevido por el pensamiento como por la expresion:

«Quiero hacer un *serpente* nuevo que he de recitar el dia del Juicio á Aquel que me ha creado y sacado de la nada, si piensa en acusarme de algo y enviarme con el diablo. Yo le diré: «No, no, Señor, muchas gracias! Hacedme el favor de guardarme de los verdugos del infierno, ya que he pasado toda mi vida en atormentarme en este pícaro mundo en que me habeis puesto.» Toda la córte celestial quedará maravillada de oír mi defensa: diré á

(1) NISAARD, *Historia de la literatura francesa*, t. I, p. 136.

(2) VILLEMMAIN, *Historia de la literatura en la Edad Media*, leccion XVII.

(3) GERUSEZ, *Historia de la literatura francesa*, p. 71. — Véase el sermón de GENIUS, en el *Romance de la Rosa*, t. III, p. 148-157, v. 20514 y sig., edic. de DIDOT.

(4) ÆNEAS SYLVIUS, *Epist.* I, 166.

(5) ERASMI *Enarratio Psalmi, Beatus Vir* (Op., t. V, p. 175).

Dios que es faltar á los suyos si piensa en destruirlos ó en sumirlos en el infierno. Lo justo sería que toda alma que quisiera entrar en el Paraíso tuviera entrada franca. Una córte en donde unos ríen y otros lloran no es una córte perfecta. Y, por poderoso soberano que sea Dios, si no nos admite, se le preguntará la razon. Más le valia reducir al diablo á la nada, con lo cual ganaría muchas almas. ¡Señor Dios nuestro, reducid á la nada á nuestro cruel é importuno enemigo! No quiero desconfiar de vos, no; en vos pongo mi confianza, porque á mi muerte me asistiréis y salvaréis mi alma y mi cuerpo. En otro caso tengo que hacer una proposicion leal: volvedme adonde estaba ántes de nacer y de donde me habeis sacado, ó perdonadme todas mis faltas, porque yo no las hubiera cometido si no hubiese existido. Si despues de haber sufrido aquí, hubiera de ser quemado en el infierno, en mi opinion sería una injusticia, porque puedo jurar que para un bien que haya tenido en este mundo, he sufrido mil males» (1).

El Infierno era el gran instrumento con que la Iglesia civilizaba á los Bárbaros, pero instrumento peligroso, porque rebajaba la moralidad al mismo tiempo que queria moralizar. Este defecto del dogma cristiano fué ya conocido en la Edad Media. Joinville cuenta que un fraile encontró, en una calle de Acre, á una mujer muy vieja, que llevaba en su mano derecha una escudilla llena de fuego, y en la izquierda una botella llena de agua. Preguntóle el fraile: «Mujer, ¿qué piensas hacer con esa agua y ese fuego?» Ella respondió que con el fuego queria quemar el Paraíso, y con el agua apagar el Infierno. Y habiéndole preguntado el religioso por qué decía tales palabras, ella respondió: «Porque no quiero de ninguna manera que nadie practique en este mundo el bien para alcanzar en recompensa el Paraíso, ni tampoco que nadie cuide de no pecar por temor al fuego del Infierno. El bien debe hacerse por el absoluto y perfecto amor que debemos profesar á Dios nuestro Creador, que nos ha amado tanto, que ha sufrido la muerte por redimirnos» (2). Joinville no hace más que narrar, no aprueba ni desaprueba, pero no estaba léjos el chistoso narra-

(1) FAUBIEL, *Historia de la poesia provenzal*, t. II, p. 182-184.

(2) JOINVILLE, *Historia de San Luis*, p. 85, edic. DUCANGE.

dor de ser un incrédulo. Y no hay que refutarnos, *Joinville* mismo nos dirá si sus sentimientos eran los de un católico ferviente. Un día le preguntó San Luis: «¿Qué quisierais más, ser leproso ó haber cometido y cometer un pecado mortal?» «Y yo, dice *Joinville*, que nunca quise mentir, le respondí que más quería haber cometido treinta pecados mortales que ser leproso.» Mas después, á solas con su amigo, el Rey le reprendió con dulzura, pero *Joinville* persistió en su opinión.

¿Cómo conciliar estas ideas con el dogma cristiano? Pudiera creerse que no eran más que instintos, eso que los católicos llaman inspiraciones del diablo, pero que, á pesar de las seducciones del tentador, la fe queda intacta. No hay nada de esto. Surgían extraños pensamientos, cuya tendencia era nada ménos que conmover el cristianismo en sus fundamentos; no era incredulidad, era el gérmen de un fe nueva más grande, más consoladora que la fe cristiana. El autor de un *fabliau* hace del pecado original la misma crítica que la filosofía moderna: «La falta de Adán no es una caída que vicie la naturaleza humana; es el despertar al conocimiento, es decir, á la vida» (1). Negar el pecado original es creer que todo hombre puede salvarse y que todos se salvarán. La creencia en la salvación universal estaba muy generalizada en el siglo xv; no querían creer que Dios hubiera creado las almas para tener el placer de condenarlas (2).

Así es que salió una creencia más verdadera de la oposicion en un principio irreflexiva é instintiva de la naturaleza humana contra el espiritualismo excesivo de la religion cristiana. La oposicion era inevitable en el sentido de que la doctrina católica era falsa, al paso que los instintos de la naturaleza eran la expresion de la verdad. Sin embargo, entra en los designios de la Providencia el favorecer el desenvolvimiento de la verdad. Circunstancias exteriores, que los hombres en su ignorancia llaman causalidad, despertaron la libertad del pensamiento en medio de las tinieblas de la Edad Media; era el contacto del Occidente cristiano con el Oriente mahometano y el renacimiento de la antigüedad.

(1) LEGRAND D'AUSEY, *Fabliaux*, t. III, p. 246.

(2) GERSON, *Sermo de nativitate Domini* (*Op.*, t. III, p. 947).

§ II.—Influencia del mahometismo.

La fe en una religion revelada no puede conservarse más que en el aislamiento. He aquí por qué Moisés aisló á los Israelitas; solamente separándolos del resto de la humanidad consiguió hacer de ellos el pueblo de Dios. Pero tambien aquel pueblo que, segun los católicos, representaba la futura Iglesia, llegó á ser el más insociable de los pueblos; si es un tipo, lo es del exclusivismo que caracteriza á las revelaciones milagrosas. El aislamiento es una violacion de las leyes de la naturaleza; las naciones deben vivir en sociedad lo mismo que los individuos. Ahora bien, en cuanto los hombres entran en relacion, sus sentimientos se agrandan, sus ideas se extienden. La religion se pierde, dirán los adoradores celosos de un Dios que han hecho á su imágen. No, la religion deja de ser privilegio de una sociedad pequeña, para ser patrimonio comun del género humano.

Nunca salia el pueblo judío de su estrecha existencia sin sacrificar á los dioses de los paganos. En la Edad Media sucedió lo mismo á la cristiandad. La invasión de los Bárbaros fué como la muerte del mundo antiguo; el Occidente católico se separó del resto de la tierra. Mientras duró el aislamiento, los creyentes estuvieron al abrigo de toda duda; hubo algunos siglos de fe ciega y de tinieblas intelectuales. Pero la Iglesia misma levanta á la Europa y la arroja sobre el Asia. En ninguna parte resplandece más que en las cruzadas el gobierno providencial. Emprendidas por la Iglesia con propósitos de ambicion y de propaganda religiosa, las guerras santas arruinan á la Iglesia y comprometen la religion de Cristo. La fe sin límites que inspiraba á los cruzados se puso en contacto con otra creencia igualmente fanática. ¿Cuál fué el resultado de la colision? En los romances caballerescos los héroes cristianos y sarracenos disputan sobre teología; cada cual sostiene naturalmente la superioridad de su religion. Sin embargo, aquellas relaciones acabaron por despertar la reflexion; viendo á los discípulos de Mahoma tan adictos á su ley, que nadie consintió en abandonarla por la de Cristo, los cristianos con-